

Jacinto Vera, su personalidad y la reforma de la Iglesia

Alberto Sanguinetti Montero¹

Resumen

Este artículo, como se indica en su título, repasa los principales momentos de la rica existencia de Don Jacinto Vera, que son iluminados por aquellas virtudes vividas en el grado de la heroicidad que adornaron su personalidad. La formación de la persona en estas virtudes hizo posible la obra de la reforma de nuestra Iglesia uruguaya, a través de la renovación del clero, las misiones, la formación del laicado, la creación de la diócesis, la defensa de la libertad de la Iglesia. En todo se manifiesta su humildad, sencillez, pero también la firmeza, justicia y rectitud de conciencia a la hora de cumplir con su deber que es defender la autonomía del gobierno de la Iglesia, es decir, la libertad para realizar su misión. Por todo esto, son innumerables los testimonios que lo recuerdan como un gran hombre, excelente sacerdote y santo obispo.

1 El autor es obispo emérito de la Diócesis de Canelones, Doctor en Teología por la Facultad de Teología de San Miguel (Buenos Aires) y Licenciado en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Desde hace casi cincuenta años se desempeña como profesor de la hoy Facultad de Teología del Uruguay, de la que fue Rector. Actualmente tiene a su cargo el curso de Teología de la predicación.

1. Sus raíces

Dada la ocasión de referirnos a la vida, virtudes y acción de Don Jacinto, nuestro venerado obispo misionero, es oportuno una mirada al propio nacimiento y a su contexto.

Nació el Venerable Jacinto en una nave, en medio del Atlántico, viniendo su familia de las Islas Canarias hacia América el 3 de julio de 1813. Es, pues, hijo de una familia pobre, que debe partir por la precaria situación económica de la Isla de Lanzarote, más precisamente del pequeño poblado de Tinajo. Era un matrimonio de padres analfabetas para escribir y sabios cristianos profundamente virtuosos, que subieron al barco con tres hijos ya nacidos y Jacinto en el seno de su madre.

Las características de esta familia marcaron la personalidad del niño: su pobreza y humildad, la virtud, reciedumbre y tesón, el profundo sentido de familia y la acendrada fe católica, alimentada en la oración y los sacramentos, que informaba todo la vida, con su plenitud de sentido, con su profunda valoración de la persona, con el apoyo y la confianza en Dios y, también, la esperanza de vida eterna.

La familia recaló en el Brasil aún parte del Reino de Portugal, y allí fue bautizado en Nossa Senhora do Desterro – hoy Florianópolis – el 2 de agosto. A diferencia de sus hermanos, recibió la vida divina casi un mes después de su nacimiento. En esa región vivieron algunos años, sostenidos por el trabajo paterno. Allí nació en 1815 la última hija del matrimonio, Mariana; y también probablemente allí murió el hijo mayor Francisco.

El viaje continuó a su destino, a la entonces Banda Oriental, que estaba atravesada por guerras civiles y guerras de conquistas portuguesas. La familia campesina se afincó en Abra del Mallorquín, Maldonado, para definitivamente comprar su propia chacra en la zona de Toledo, donde vivieron y trabajaron desde la década de 1820. Labradores esforzados, generosos con los pobres y con las necesidades de la Iglesia.

Se crió en la alegría de la vida de la campaña, conviviendo con sus animales silvestres, en el cuidado cotidiano de los animales y las faenas rurales.

Así fue introducido en el trabajo, en la firmeza y aún en la fortaleza física, que luego desplegaría en su labor pastoral. Sus grandes manos, su capacidad de trabajo, su firmeza en la tarea, se forjaron en el caballo, el arado, la cosecha, la molienda. Así lo evocaba ya al final de su vida, en Pan de Azúcar, paraje cercano al primer pago oriental donde creció:

Mucho os agradezco, mis muy queridos hijos, las demostraciones de cariño, que me prodigáis. Diría que vosotros tenéis títulos para ser objeto de mi preferencia paternal, si esto pudiera caber en el alma de los padres, con respecto a los hijos. En estas inmediaciones me he criado y pasé mi niñez como vosotros; como vosotros he sido campesino, y he trabajado como vosotros trabajáis. Ya podréis, pues, imaginaros con cuánta satisfacción bendeciré vuestra vida y vuestros trabajos².

Sin separación, plenamente integrado, se iba forjando el cristiano, el hijo de Dios. Comenzó con la oración familiar, la celebración de la Misa Dominical en la Capilla de Doña Ana, dedicada a la Virgen del Carmen. Su madre lo acompañó, cuando miedoso, fue a su primera confesión en el Convento de San Francisco en Montevideo, iglesia que luego de mozo visitaría vestido con las ropas gauchas, el chiripá y las botas, en medio de las señoras de la ciudad, envueltas en sus vestidos suntuosos.

De esta etapa nos testifica, quien fuera su amigo, luego franciscano en Buenos Aires, Fray Cristóbal Bermúdez, que lo recibió cuando el exilio:

Desde el año 1827 hasta 1836 lo conocí siempre sujeto a sus padres y ocupado con ellos y sus hermanos en sus trabajos rurales en el distrito de Toledo, mas, donde nos veíamos y nos tratábamos más cerca era en la Capilla de dicho distrito los días festivos cuando íbamos a oír Misa, en la que solía comulgar algunas veces. Siempre se le veía alegre y contento y siempre se atraía las simpatías de todos³.

Se destaca desde su juventud, el buen talante de Jacinto y sus cualidades de alegría y buen trato, que lo distinguieron a lo largo de su vida. Ya siendo mayor, Inocencio Yéregui diría de la huella de que dejaba al pasar en su viaje a Europa: «el señor Obispo era respetado y amado con cariño, de cuantos una sola vez lo hubiesen tratado. Era el mismo en todas partes, caritativo, complaciente, alegre, etc., etc. Sobre todo, los Obispos Españoles y Americanos, que le trataron, le dieron muchas pruebas de su aprecio y admiración por su abnegación y celo Apostólico»⁴.

2 «La misión pastoral a Pan de Azúcar», *El Bien Público*, 14 de mayo de 1881; Dicasterium de Causis Sanctorum, *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis Hyacinthi Vera*, vol. II (Montevideo: 2012), 61, n.21.

3 *Carta de Cristóbal Bermúdez a Inocencio Yéregui del 14 de noviembre de 1881*; DCS, *Positio...*, vol. II, 85.

4 *Nota necrológica de D. Jacinto Vera, por Inocencio María Yéregui s/f (circa noviembre de 1881)*, DCS, *Positio...*, 1447.

La familia tuvo fuerte raigambre en la sociedad rural de pequeños productores. Por un lado, la familia ampliada era numerosa, tanto por otros parientes más o menos cercanos que migraron a estas tierras, como por los casamientos con gente criolla.

Así iba creciendo el mozo Jacinto, en sus tareas del campo, en la vida social de la campaña cercana a Montevideo, con fácil acceso a la ciudad. Al mismo tiempo con virtudes cristianas sólidas y con una piedad acendrada, que resume en su informe el sacerdote que atendía la Capilla de Toledo, quien luego fue su primer profesor de latín, a cuya casa en Peñarol viejo, acudía el candidato al sacerdocio recorriendo unas leguas a caballo: «Instruido Jacinto Vera en la Religión Cristiana por sus padres, fue consecuente con sus preceptos. En su Niñez y Juventud aventajó a los de su edad y se hizo notar por su buena educación, comportamiento y costumbres»⁵.

2. La vocación sacerdotal y el camino al sacerdocio

El llamado de Dios a la vocación sacerdotal de Jacinto aconteció en unos Ejercicios Espirituales. Antes que nada es importante notar como aun habiendo sido expulsados los Jesuitas de los reinos pertenecientes a la corona de Castilla, sin embargo, persistió no sólo el interés, sino el esfuerzo por los Ejercicios Espirituales.

En el Río de la Plata fue señalada la obra de la beata María Antonia de Paz y Figueroa, Mamá Antula, en la predicación de los Ejercicios Espirituales, la creación en Buenos Aires de la Casa con tal fin, que llegó a predicar en Colonia del Sacramento y en Montevideo, a fines del siglo XVIII. Su presencia se continuó en sus hermanas, de tal modo que por esa casa pasaron a hacer ejercicios buena parte de los miembros de la Junta de Mayo de 1810.

En esta Montevideo, en un terreno donador por la familia García de Zúñiga, con el esfuerzo de los fieles, desde 1803 hasta 1830 se fue levantando la Casa de Ejercicios, promovidos por el P. Manuel Barreiro. Éste se dedicaba a la predicación de los Ejercicios Espirituales y tuvo mucho influjo en la sociedad, en particular en los jóvenes llamados al sacerdocio⁶.

5 *Informe del Pbro. Lázaro Gadea del 27 de marzo de 1841*; DCS, *Positio...*, vol. II, 91.

6 Ilumina el testimonio sobre el P. Barreiro de este gran sacerdote muy allegado a Vera: «Desde los 13 hasta los 21 años de mi edad tuve la dicha de tratar diariamente y a cada momento a tan virtuoso sacerdote. Él, por su parte, me honró con su cariño particular. Así es que conservo tan

Consta que Jacinto aún joven acompañó a su padre, llevando ladrillos para la edificación de la casa de ejercicios⁷.

Allí se acercó el mozo, con sus 19 años, a entregarse al encuentro con Dios, en profundidad. Muestra de la firmeza de carácter fue su victoria ante una dificultad de se presentó: un tumor en la rodilla tal, que su madre le aconsejó que no fuera a esa tanda. Él, sin embargo, mantuvo su propósito. Según el único dato que tenemos, parecería que no pensaba en el sacerdocio. Así entró en el retiro y salió firmemente decidido a ser sacerdote.

La escucha del llamado de Dios al sacerdocio, en Jacinto, fue netamente al clero secular o diocesano, como lo eran la mayor parte de los que acompañaron su camino (los PP. Barreiro, Gadea). Tuvo gran aprecio por los religiosos, en particular por los PP. Jesuitas, que habían dejado su huella en el Río de la Plata, y por los PP. Franciscanos, con quienes fue iniciado en el sacramento de la Penitencia y adónde participaba ocasionalmente de la Santa Misa. Sin embargo de ello, cuando no veía el modo de pagarse la formación para el sacerdocio y se le ofreciera una beca para ser franciscano, de ningún modo aceptó cambiar el rumbo de la vida, que el Señor le había indicado⁸. De esta forma llegaría a ser la prez del sacerdocio secular, o como se decía entonces, del clero nacional en esta tierra.

Mucha constancia y confianza en Dios manifestó Jacinto en su camino al sacerdocio, en medio de azarosas circunstancias.

Los estudios había que pagarlos y ni él ni su familia tenían el dinero para ello. No hay problema. Arregló con su familia que seguiría trabajando el campo con ellos, de forma que la mitad iba para sus padres y la otra para su formación. Aún al momento de la ordenación, en que se exigía algún “título”, que asegurase su sustento – como exigía el concilio de Trento –, como no había logrado ninguna capellanía, sus hermanos ofrecieron la parte de la chacra familiar como ese título.

Más dificultosos eran los estudios. En el momento no había en Montevideo y en Buenos Aires eran irregulares y costosos. Pues bien comenzó a estudiar latín,

impresos los hechos de su preciosa vida, que vienen a ser en mí como *ideas innatas*, dijera los filósofos [...] Queda V. servido ya, mi amigo, y con el mayor gusto: puesto que me ha ocupado en evocar la memoria de tan eminente sacerdote, a inspirarme de nuevo con el recuerdo en las sublimes virtudes, que tuve la dicha de verle practicar» (*Carta de Victoriano Conde a Rafael Yéregui del 3 de mayo de 1874*; DCS, *Positio...*, vol. II, 73, n.2).

7 «Cuando la familia Zúñiga dio el terreno para la Casa de Ejercicios, Mor. Vera con su Señor Padre trabajaba personalmente en el edificio que hoy existe, porque todos los vecinos concurrieron a levantar esa Sta. Casa» (*Autógrafo anónimo*; DCS, *Positio...*, vol. II, 70).

8 Ver DCS, *Positio...*, vol. II, 77.

como hemos dicho, yendo a caballo una vez por semana con D. Lázaro Gadea. Éste atestigua la capacidad de Vera en su estudio y su dedicación.

Pasaron los años con diferentes problemas. En una leva, fue enrolado el mozo en la Guardia Nacional. Sin embargo, como lo veían siempre leyendo y tranquilo, preguntaron los oficiales por él y, al enterarse de su vocación sacerdotal, fue liberado de la milicia, sin haber derramado sangre.

Alrededor de cuatro años perseveró el joven en su vocación sacerdotal, formándose como podía, esperando en Dios, teniendo contacto frecuente con los sacerdotes de Montevideo, que apoyaban su proyecto de seguimiento de Cristo. Un día que llegó donde D. Manuel Barreiro, todos le participaron la alegría de la llegada de los jesuitas a Buenos Aires y la posibilidad que se le abría de empezar estudios regulares.

Casi sin dinero, con pocas vituallas, con alguna recomendación se embarcó Jacinto para cruzar a la otra orilla del Río de la Plata⁹.

Los jesuitas lo recibían a estudiar, pero no le daban hospedaje. Las recomendaciones fallaron. Cuando ya iba a volverse obtuvo un cuarto para vivir. En los alrededores de cinco años que estuvo en la capital argentina Jacinto creció de diversas formas y en fueron madurando las cualidades que ya había ido manifestando.

Antes que nada su fortaleza humana y su perseverancia, como se usa decir ahora su resiliencia. Vivió en pobreza, soportando incluso el robo de sus pertenencias. Con mucha libertad; incluso cuando se manifestaron sus virtudes y los jesuitas le ofrecieron el alojamiento, prefirió seguir viviendo en el cuarto de la Biblioteca, que le había ofrecido el Canónigo Palacios.

En segundo término vale la pena destacar su dedicación al estudio y su capacidad superior. Ya lo había señalado el P. Gadea en cuanto al aprendizaje del latín. Entonces lo corroboraron la opinión de sus profesores y los certificados de estudios. Su amor a los libros se va a manifestar a lo largo de toda su vida. Siendo sacerdote cargado de responsabilidades procuraba la adquisición de nuevos libros, que debía costearse. Cuando estuvo en el exilio, se preocupó de sus sacerdotes y seminaristas... y de sus libros. Por fin, en su testamento dejó su biblioteca particular para formar la biblioteca del clero.

De la misma forma, cuando se ocupó de la formación del clero, quiso que fuera de buena formación también intelectual. Comenzó porque aprendieran bien el latín, pero también quería estudiar las lenguas bíblicas. Por el mismo motivo desde que en su viaje al Concilio llevó los tres primeros seminaristas al

⁹ Ver DCS, *Positio...*, vol. II, 78-82 y los respectivos documentos.

Colegio Pío Latinoamericano, para que obtuviesen títulos académicos, en adelante siempre tuvo un grupito de alumnos orientales en Roma.

Era, pues, Don Jacinto un hombre amante del saber, con gran capacidad intelectual. Lo manifestaría en su vida por la capacidad de planteos jurídicos, canónicos, y por la comprensión de las situaciones sociales, políticas y personales. A su vez, valoraba a quienes estudiaban y sabían y no dejaba de consultar con mente abierta a las opiniones de los entendidos.

En su período porteño, mostró también su gran capacidad para las relaciones humanas. Como ya lo recordamos con el testimonio de Cristóbal Bermúdez, Jacinto atraía en torno a sí a los demás condiscípulos, que se reunían en su humilde aposento. Allí él dirigía como prefecto del círculo de estudios y se repasaban las lecciones. De esta forma fue condiscípulo de destacados sacerdotes, médicos y jurisperitos de ambas orillas.

Por lo mismo era muy conocido en Buenos Aires, y siempre fue bien recibido, en sus posteriores visitas, que fueron varias. Su donaire, alegría, trato fino y agudo fue apreciado por todos. Por eso, cuando estuvo en aquella ciudad un par de semanas en 1868 para imponerle el palio al primer arzobispo, Don Mariano de Escalada, fue el centro de las reuniones. Esto de tal forma que, pasada su estadía, le escribía el Canónigo Elortondo: “Pasaron las fiestas del palio, sin dejar más rastros que el recuerdo general del amable Prelado de Montevideo que intervino en ellas”¹⁰.

Por cierto, hay que notar, principalmente el cumplimiento fiel de D. Jacinto de todo lo que lo hiciera crecer en las virtudes cristianas: «En cuanto a su conducta era intachable; y todos sus condiscípulos y profesores lo distinguían, y su humildad interesaba, a cuantos lo trataban, en su favor; mostrando en toda ocasión un espíritu de verdadera devoción en las prácticas religiosas»¹¹.

Progresó en su oración, de modo que fue ésta lo más valorado en su vida, por lo que luego comentaría a los clérigos por él formados: “Prefería dejarlo todo antes que dejar la oración mental en la que había hallado luz, fortaleza y prudencia para resolver todos los asuntos arduos y triunfar en los graves conflictos

10 *Carta de Felipe Elortondo a Jacinto Vera del 26 de diciembre de 1866*; DCS, *Positio...*, vol. III, 1008.

11 *Carta de José Sató a Inocencio María Yéregui del 9 de noviembre de 1881*, DCS, *Positio...*, vol. II, 87.

que habían affligido su alma¹². Toda su vida se basará en la oración y enseñará a fundar la misión apostólica, también la de los laicos en la oración¹³.

Siempre sería un amante de los Ejercicios Espirituales, en los que oyó su vocación, a los que se entregó personalmente cada año, buscando el tiempo de retiro y lo fomentó en sus sacerdotes.

Podemos decir que el período porteño de Jacinto fue decantación, desarrollo y madurez de su personalidad, de su ser cristiano y su formación como sacerdote. Su carácter franco, abierto, desenvuelto, se forjó en el trato con personas de todas las posiciones. Su inteligencia se desplegó en la lectura, el estudio y la confrontación de ideas. Su piedad y virtud se asentó y creció.

En 1841, fueron expulsados los padres jesuitas por el mismo Rosas que los había llamado, de modo que cesó la formación en su colegio. Jacinto, siguió estudiando – no sabemos bien con quienes – las materias sacerdotales en Buenos Aires. Allí fue ordenado sacerdote el 28 de mayo de ese año.

3. La vida sacerdotal

A mediados de 1842 estaba el novel sacerdote como teniente cura en la Parroquia Nuestra Señora de Guadalupe de Canelones. Allí pasarían 17 años de ministerio presbiteral, hasta que fue nombrado Vicario Apostólico.

Comenzó al lado del Pbro. Dr. José Vicente López, quizás para que lo siguiera instruyendo. Pero ya al final del primer año, éste, declarado unitario, debió huir a la Argentina, ante el avance de las fuerzas del Gral. Manuel Oribe. Desde entonces D. Jacinto quedó al frente de la extensa Parroquia, que llegaba al río Santa Lucía, desde esta ciudad a donde luego se fundó San Ramón, Tala y la capilla de Ntra. Señora del Carmen – origen de Migueles –. En distintos momentos tuvo como colaboradores diferentes sacerdotes, incluido un tiempo con los PP. Jesuitas residentes en Santa Lucía.

Fueron años fecundísimos, de una entrega sin límites. Sólo vamos a evocar algunos aspectos que se destacan y que lo hicieron conocido.

12 Lorenzo Pons, *Biografía del Illmo. y Rvdmo. Sr. Don Jacinto Vera y Durán*, (Montevideo, 1904), 151-152, citado en DCS, *Positio...*, vol. III, 1014.

13 *Carta Pastoral de Mons. Jacinto Vera del 1º de julio de 1880*; citada en DCS, *Positio...*, vol. III, 1309: «Si me pedís Fieles amados, los medios más indispensables y necesarios, no hesitaremos en señalarlos en primer lugar, el Apostolado de la Oración; porque en la Iglesia Católica, la plegaria es la fuerza suprema junto con nuestra cooperación para toda obra santa y permanente».

Señalemos en primer lugar su dedicación al sacramento de la Penitencia. Fue un gran e incansable confesor, con gran capacidad de cercanía y conducción de las almas de los más alejados y de los menos preparados. Esto no sólo en las iglesias de su jurisdicción, sino en todo lugar. Era proverbial esta entrega, tradición que resume un sucesor suyo: «En los viajes a campaña, el Siervo de Dios no perdía tiempo, llegando a confesar a algunos penitentes a caballo; tal era la idea que tenían de él que cuando lo veían con alguien aparte a caballo, decían: “¡Ya lo está confesando!...”».¹⁴

No había límite de tiempo, ni de distancia a recorrer a caballo, para la atención de los enfermos, como era fama en toda la Parroquia: «Desempeñó su cargo [de cura párroco] con mucho celo y abnegación; visitaba con caridad a los pobres enfermos y tenía mucho celo para regularizar las uniones matrimoniales. Salía con frecuencia a campaña, por su ministerio pastoral, y tratándose de enfermos salía de noche a cualquier hora y con cualquier tiempo, montado en su caballo. La gente decía que era muy bueno y miraba mucho por los pobres»¹⁵.

Tuvo gran cuidado en la formación de la niñez. El mismo enseñaba el catecismo a los niños, en lo que destacaba, tanto por hacer aprender las verdades de la fe, como en su capacidad de adaptación y explicación.

Según los instrumentos de la época creó las diferentes cofradías, que congregaban a los fieles y que los formaban, así como los disponían para el servicio y el apostolado.

Procuró tener buenos colaboradores. Por eso obtuvo un buen terreno para los PP. Jesuitas en Santa Lucía, de modo que no sólo atendieran esa parte de su jurisdicción, sino que abrieran Colegio, e incluso atendieran seminaristas.

Se preocupó porque en Tala había un sacerdote descuidado de su ministerio. Procuró recuperar esa capellanía, que formaba parte de su Parroquia. Una vez que ese sacerdote se retiró, Vera en persona se fue a vivir a aquel paraje – cuya ciudad no estaba fundada –, construyó una capilla nueva y evangelizó la región.

Él mismo daba misiones en diferentes parajes y también procuraba que otros sacerdotes y en particular los jesuitas así lo hicieran¹⁶.

Característico del joven sacerdote fue el cuidado por el culto y su esplendor. La iglesia matriz de Canelones recibió su especial cuidado. En su tiempo se cerró

14 DCS, *Positio...*, vol. I, * 24.

15 *Ibid.*

16 DCS, *Positio...*, vol. II, 111.

la bóveda y comenzó a usarse para el culto divino. Posteriormente se fue agrandando y embelleciendo.

Tenía gran esmero porque los sacramentos y la Santa Misa se desarrollaran en forma solemne. Para ello buscó músicos que trajo para la villa de Ntra. Señora de Guadalupe. Los feligreses lo reconocían. En él era una convicción de deber sacerdotal y de comprensión de la importancia del culto divino:

Siendo el culto divino la base fundamental de toda sociedad bien establecida; y una de las atenciones de preferencia de V E, me permitiré decirle: que, durante la administración de este Curato, que regimiento hace largos años, no he omitido medio ni sacrificio alguno para atenderlo, según me lo ha dictado mi conciencia y con el esmero que lo han permitido las lamentables circunstancias, porque se ha pasado; según lo acreditan las tres Capillas, que, dotadas de virtuosos Sacerdotes, hay en la corta campaña que corresponde a este Curato¹⁷.

Sin lugar a dudas un rasgo propio de este santo varón fue su indescriptible pobreza y su entrega desinteresada a quien necesitara. Es sabido que para sí tenía lo mínimo en ropa, que dormía en un catre, hasta que le fue regalada una cama de hierro, que usaría toda su vida.

Lo que más admiraba era su desprendimiento, de su propia camisa, sus pantalones, de la plata que hubiera para la comida. Testimonios múltiples dejó en el pueblo. Se señalaba su atención a todos, con un cuidado particular por los pobres vergonzantes¹⁸.

De tanta virtud y abnegación de su párroco, testificaban con orgullo párroco los vecinos de Canelones ante el Presidente Giró en 1853:

El Cura Párroco Dn. Jacinto Vera no precisa nuestros encomios. La opinión pública es Clarín q.e los trasmite a todas partes. Sin embargo, permítasenos recordar con emoción que en la dilatada época de guerra desastrosa distribuía su primicia en Limosnas, y otras limosnas recibía después de alguna persona cuyo nombres se omite por no ir a ofender su modestia allá en su retiro, y aun esas mismas las distribuía también y comprometía su crédito q.e aún no ha podido desempeñar, y a pesar de todo esto el Culto es servido con lucimiento y majestad como V. E. lo ha visto y no

17 *Carta de Jacinto Vera a Gabriel Antonio Pereira del 17 de julio de 1856*; DCS, *Positio...*, vol. II, 134.

18 DCS, *Positio...*, vol.II, 119-120.

es extraño que así suceda hoy cuando en lo más cruento de la guerra se han visto en esta Iglesia funciones de primer orden en celebridad de la Patrona¹⁹.

Cuando surgió su nombramiento para Vicario Apostólico, en 1859, los masones promovieron una calumnia contra él, a fin de que se le abriera causa judicial y fuera imposible ejecutar tal nombramiento. Entonces, espontáneamente los vecinos de Canelones testificaron:

acordaron desmentir las calumnias que contra él [Jacinto Vera] se vierten, expresando que la experiencia en el espacio de diez y siete años, que sin interrupción regentea el presbítero Vera en esta Villa el cargo ya de Teniente Cura, ya de Cura Excusador, y ya de Cura Propietario les ha observado una conducta ejemplar de moralidad, de caridad cristiana y de virtudes sociales en general, que se hacen un deber recomendar tan alto como les sea en justicia permitido; expresando también que cuanta renta ha adquirido en este Curato con más su crédito la ha invertido siempre en el lucimiento del culto a que ha atendido con celo excesivo...²⁰.

Una palabra debe decirse de la actuación pública de Vera. Fue miembro y presidente de la Junta Económica Administrativa. En esa actividad se distinguió por fomentar la creación de escuelas, en un número elevado. Fue tan destacada su figura que se le eligió para Diputado, pero él renunció porque lo consideraba incompatible con sus deberes de párroco.

A su vez su relación con las autoridades públicas de mutua colaboración, de respeto y sujeción, de mantener la libertad de la Iglesia y, a su vez, no ser usado por intereses políticos, aún de gente que apreciaba.

Son muy claras sus respuestas al Gral. Oribe y a otros ministros que pedían su influencia para las elecciones. Contestó con respeto, pero a su vez señalando la distancia del sacerdote del poder y de ser instrumento en contiendas políticas²¹.

19 Sesión *extraordinaria de la Junta Económico-Administrativa de Canelones*, Villa Guadalupe, 6 de enero de 1853; en DCS, *Positio...*, vol. II, 129-130.

20 *Acta de los vecinos de Canelones enviando una comisión a Montevideo, 1º de octubre de 1859*; DCS, *Positio...*, vol. II, 139.

21 *Carta de Jacinto Vera al Dr. Joaquín Requena, del 21 de noviembre de 1856*; DCS, *Positio...*, vol. II, 138. «Han dicho la verdad los que han asegurado ser mi adhesión y convicciones favorables al Gobierno. Estas siempre han pertenecido a los principios, el de Autoridad nunca ha dejado de ser el objeto de mi respecto y decisión. En orden a los trabajos el Sr. Requena conoce mejor que yo cuál debe ser la posición de un Eclesiástico. Esta rechaza toda injerencia en los sufragios populares y sólo debe contraerse a persuadir al ciudadano que la sumisión y obediencia al Gobierno es un deber de conciencia».

4. La ascunción como Vicario Apostólico, para la reforma de la Iglesia

El 9 de mayo de 1857 murió el Vicario Apostólico Don José Benito Lamas contagiado por la fiebre amarilla en su entrega a los enfermos.

Muy difícil era elegir un nuevo Vicario, dado el escasísimo número de sacerdotes y la deplorable situación de la Iglesia.

El Papa Pío IX, según los informes del Delegado Apostólico Marino Marini, se inclinó por D. Jacinto Vera. Según la descripción de Mons. Yéregui, escrita muchos años después: «El señor Vera era poco conocido, al menos, personalmente en Montevideo. Sin embargo su nombre de Cura celosísimo, caritativo, etc., era tradicional, no solamente en Canelones, sino también en toda la Campaña; y en Montevideo mismo, las personas conocidas por su piedad y posición social, lo apreciaban de nombre; y era señalado así por una gran opinión, para ocupar el puesto de Jefe de nuestra Iglesia»²².

La oposición fue variada. Por un lado desde el gobierno, porque se quería ejercer una especie de derecho de patronato, de presentación, con la intervención de quienes apoyaban a otro sacerdote socialmente más reconocido.

Sin embargo, sobre todo la oposición vino de la masonería, que no quería ver al frente de la Iglesia en el Uruguay a una persona destacada por sus firmes posiciones. En especial Vera había sido conocido por su defensa de los PP. Jesuitas, con su colegio, y la libertad de predicar de los sacerdotes, sin censura por parte del poder público.

Por último, fue elegido y asumió como 4º Vicario Apostólico el 14 de diciembre de 1859.

La situación de la Iglesia en el Uruguay era de extrema debilidad. Su situación institucional era indefinida y precaria, como Vicariato Apostólico de la Diócesis de Buenos Aires, se aguardaba la posibilidad de su erección en Diócesis, pero no tenía ni clero, ni seminario, ni rentas. Los sacerdotes nativos eran poquísimos. Casi no tenía seminaristas. Era atendida por clérigos que provenían de Europa, principalmente de Italia y España, que muchas veces buscaban principalmente sobrevivir económicamente. Sin religiosos clérigos, recientemente vueltos a expulsar los Jesuitas. A pesar de los intentos, especialmente de Lamas, no había una curia bien constituida. Eran frecuentes las intromisiones estatales en asuntos eclesíásticos. A su vez, la incipiente masonería tendía a dominar.

22 Nota necrológica de D. Jacinto Vera, por Inocencio María Yéregui *slf* (circa noviembre de 1881); DCS, *Positio...*, vol. III, 1459.

En ese marco, la visión de los buenos era que la Iglesia del Uruguay necesitaba reforma, no sólo institucional, sino en su vida, en particular del clero²³. También lo expresaban los laicos²⁴. Así resumía su visión el obispo de Buenos Aires:

Bien sabe V.S.R. el estado deplorable de esa Iglesia y que sus males la conducían a la ruina; pues bien, aunque no hiciese más que evitarla, y remediar aquéllos, en cuanto sea posible, con esto solo haría un gran bien, cuanto más será, si como lo espero, con su constancia y celo prudente logra mejorar la situación de esa Iglesia, arreglar su disciplina, y dar algún aumento a su Clero. Es verdad que todo esto le ocasionará trabajos y pesares; mas también conseguirá mucho mérito para con Dios, y con los hombres; le felicito pues por hallarse en posesión de esa Prelacia, y le deseo en ella los mejores resultados²⁵.

Al mismo tiempo se sabía la resistencia que habría a toda reforma, por lo que había que ir despacio, con prudencia y firmeza²⁶. Así se lo aconsejaba Marino Marini: «Y aunque no ignoro que en ese Vicariato hay necesidad de muchas reformas, sin embargo creo que, para que tengan ellas su efecto, no deben hacerse con precipitación, empezando siempre por suaves amonestaciones; porque sentiría mucho, que sus enemigos atribuyesen dichas reformas a espíritu de intolerancia y venganza»²⁷.

23 *Carta de Domingo Ereño a Atanasio C. Aguirre del 31 de agosto de 1859*; DCS, *Positio...*, vol. II, 255: «Hablo con conocimiento de causa, se precisa reforma y reforma severa, y el indicado por el Dedo de Dios, entre todo el Clero Oriental, es sin duda Don Jacinto Vera». *Carta de Domingo Ereño a Atanasio C. Aguirre del 6 de noviembre de 1859*; DCS, *Positio* vol. II, 268: «Es preciso reformar el Clero, con prudencia, pero con voluntad firme. Las costumbres morales, de los pueblos, se formulan, por las del Clero. Para tener un Clero inmoral más vale no tener ninguno. Sea diminuto el Clero, pero sea moral».

24 *Artículos de La Revista Católica del 16 de enero de 1861*; DCS, *Positio*, vol. II, 361: «De hoy en adelante Su Sría. Ilma., con conocimiento práctico de las dificultades con que luchan algunas de las Iglesias, podrá iniciar las reformas necesarias y adaptables a las circunstancias».

25 *Carta de Mariano José de Escalada a Jacinto Vera del 25 de diciembre de 1859*; DCS, *Positio...*, vol. II, 349.

26 *Carta de Marino Marini a Domingo Ereño del 4 de noviembre de 1859*; DCS, *Positio...*, vol. II, 275: «Convengo con lo que V. me insinúa en su segunda carta, que el Sor. Vera, si toma posesión del Vicariato, se vaya al principio con paso lento, y no se precipite en hacer muchas reformas, aunque ellas sean necesarias, y esperar proporción, que le sea más favorable».

27 *Carta de Marino Marini a Jacinto Vera del 28 de diciembre de 1859*; DCS, *Positio...*, vol. II, 348. Cf. *Carta de Domingo Ereño a Jacinto Vera del 6 de noviembre de 1859*; DCS, *Positio...*, vol. II, 347.

Menuda situación. Todos aconsejaban reforma y, al mismo tiempo, le indicaban que fuera lento, como temiendo que se apresurara o que fracasara la carta que se jugaba con él.

Apoyado e impulsado por los mejores sacerdotes, por el Delegado Apostólico, comenzó Don Jacinto Vera el camino de la reforma de la Iglesia en el Uruguay, de la renovación de su fidelidad a la voluntad de su fundador Jesucristo, consciente de los límites de la realidad, que hacían casi imposible esta ingente tarea. Así lo comunicaba al Papa, en carta a su Secretario de Estado:

Respecto a las reformas del clero que reclama este país como una necesidad imperiosa me falta el primer elemento que es un clero nacional. Este no existe. Y hay mucha imposibilidad en crearlo. Faltan maestros a propósito para esta interesante empresa. Los únicos en que podíamos por acá fundar la esperanza de conseguir este porvenir son los R.R.P.P. de la Compañía de Jesús. Pero estos tuvimos la desgracia de perderlos a principio del año actual en que fueron arrojados del país por un Decreto del Gobierno, y aunque este Decreto pienso quedará destruido dentro de poco, es tan escaso el personal de estos dignos P.P. que les es imposible, si no se aumenta el número, para contraerse a la educación y satisfacer a la vez otras necesidades a que son llamados de diferentes partes²⁸.

5. El clero

La primera línea de reforma de Don Jacinto, como debe ser en la Iglesia Católica, era el clero. En ello trabajo desde el comienzo, viendo la meta, esforzándose y con mucha paciencia.

Por eso, su primera actividad, fue llamar a Ejercicios Espirituales del clero, buscando un sacerdote que viniera de Buenos Aires. En adelante éste sería un hito cada año. Se ocupó de que no faltase ninguno. Ya en el primer caso, él fue personalmente a buscar al más reticente en participar, porque había esperado el cargo de vicario apostólico.

Al clero le dedicó su primera carta pastoral, llamándolo a la santidad de su vocación y misión. Allí está por escrito, lo que él vivió como sacerdote santificado por el ministerio, por el amor a Dios y al prójimo en el sacerdocio. Cabe destacar la importancia que les da a la enseñanza del catecismo a los niños, como

28 Carta de Jacinto Vera al Cardenal Giacomo Antonelli de 30 de diciembre de 1859; DCS, *Positio...*, vol. II, 278.

tarea privilegiada de los párrocos. Asimismo destaca la formación de los laicos y la atención a los pobres, empleando especialmente el instrumento de las Conferencias Vicentinas.

Al mismo tiempo, con mucha paciencia, fue corrigiendo, exhortando, promoviendo. Todo el primer asunto, llamado el conflicto de los franciscanos, que se le presentó apenas asumido el vicariato, fue una tarea de purificación del desorden de estos frailes. No fue como se escribe una cuestión de poder de líneas ideológicas, sino de enderezamiento del clero.

Véase que de las primeras acciones que tomó al asumir el Vicariato fue una serie de cambios de curas párrocos, en unos casos para hacer justicia ante arbitrariedades, en otros para, en lo posible, poner al frente de las Parroquias a sacerdotes capaces²⁹.

Asimismo el llamado conflicto eclesiástico, por parte de Vera fue una tarea obligada de reforma, poniendo en la principal parroquia del país, la Matriz de Montevideo, un sacerdote que no diera escándalo y que trabajara pastoralmente. No hubo ningún afán de enfrentamiento de D. Jacinto, tanto que ofreció dejar en el sitio al mal sacerdote, pero sí poniendo otro bueno al lado.

La última decisión de remoción del P. Brid, pasadas todas las instancias de buscar el acuerdo con el gobierno, fue impelida por la necesidad ante un nuevo escándalo producido en la matriz³⁰. Se trataba siempre del bien de los fieles y, para ello, la reforma del clero.

Con mirada a largo plazo, procuró sobre todo el Vicario la creación de un clero piadoso, ilustrado, apostólico, bien formado en las virtudes sacerdotales y en un número al menos aceptable. No teniendo ningún medio para realizarlo, enseguida empezó la formación de estudiantes con inclinación al sacerdocio, procurando que estudiaran latín.

Apenas pudo envió un grupo a Santa Fe, donde tenían una casa para los seminaristas orientales y se formaban con los PP. Jesuitas. Fue éste el comienzo del Seminario de Montevideo. Éste llegaría a crearse en 1879, de modo que se culminara la obra de Vera en favor de la formación del clero nacional.

Al mismo tiempo, apuntando siempre a un mejor clero, en 1869, cuando viajó al Concilio Vaticano I, llevó consigo los tres primeros seminaristas que serían alumnos del Colegio Pío Latino Americano y obtendrían sus grados académicos en las universidades romanas.

29 Cf. DCS, *Positio...*, vol. II, 289.

30 Cf. DCS, *Positio...*, vol. II, 444-448.

6. La misión al pueblo y el ministerio sacerdotal

La finalidad de la Iglesia es llevar la salvación y vida de Cristo a todos los hombres. La Iglesia existe por el envío de Cristo y del Espíritu, para dar el perdón, comunicar la filiación divina y conducir al Padre.

En el centro y el fin de la vida de Don Jacinto al frente de la Iglesia en el Uruguay estuvo el servicio al Pueblo de Dios. Por ello, sin lugar a dudas se caracteriza por su entrega misionera. Tres y hasta cuatro veces recorrió el Uruguay entero, para llevar la Palabra de Dios, santificar por los sacramentos, exhortar a la vida santa, regularizar los matrimonios, acompañar a individuos y familias.

Apenas terminados los Ejercicios Espirituales del clero, enseguida fue a Tala a predicar una misión. Y, luego de las celebraciones de Semana Santa, partió para la gran misión desde fines de abril de 1860 hasta comienzos de enero de 1861³¹. Misionó sin parar. Por cierto, llevaba sus compañeros sacerdotes, en una vida austera, dura, de un trabajo agotador. Él no sólo confería el sacramento de la confirmación – fueron 23.000 en esa gira –, sino que dedicaba horas a la confesión de los hombres. Ayudaba al ordenamiento de las familias, de los deberes de justicia y piedad.

Esta tarea misionera fuera de la ciudad de Montevideo, la hizo todos los años, varios meses, excepto cuando estuvo impedido por el Gobierno o cuando viajó a Europa. 150.000 km. recorrió, vadeando arroyos, hasta morir en una misión en Pan de Azúcar, muy cerca de la chacra arrendada por sus padres en la que vivió su infancia.

Este celo apostólico, lo vivía incansablemente también cuando estaba en la capital. Tenía su confesonario en la Matriz y en la capilla de la Caridad. Este es el testimonio de Luigi Lasagna hacia el fin de la vida de Jacinto, ya obispo: «ejerce su apostolado junto al lecho del moribundo, en el tugurio hediondo del mendigo que visita y ayuda en persona, en el confesonario dentro del cual se encierran largas, larguísimas jornadas enteras, dispensando a ovejas hambrientas el pan del consejo y del perdón. Todo el mundo sabe y dice que en la ciudad de Montevideo confiesa al Obispo más que todos los sacerdotes juntos»³².

Era atentísimo a visitar los enfermos y a las cárceles, donde tenía un particular acercamiento a los presos.

31 Cf. DCS, *Positio...*, vol. II, 291-301.

32 *Carta de Luis Lasagna a Juan Bosco s/d de 1877*; DCS, *Positio...*, vol. III, 1224.

Como lo enseñó a los sacerdotes, él tenía una predilección por la enseñanza a los niños. Nos lo atestigua indirectamente una narración de sus funerales al que asistieron los niños, ante los despojos «del que en vida, imitando al Divino Maestro, repetía con frecuencia: vengan los niños a mí, y luego, con aquella dulce afabilidad, que era característica en tan venerable anciano, se lo pasaba horas y horas enseñándoles la doctrina cristiana y llenándolos de atenciones y caricias»³³.

En esta misma preocupación por la formación de los niños, ya en Canelones apoyó una escuela católica, se preocupó por el catecismo en todas las escuelas públicas, como era el deseo de la mayoría de los padres. Y, cuando se impuso la impiedad de no enseñar o enseñar mal la doctrina católica, abogó por la enseñanza católica, como una de las prioridades del esfuerzo de los laicos.

7. La formación del laicado

También para la formación y el crecimiento de la fe y la caridad de los fieles, fomentó las diversas cofradías en las parroquias.

Su apoyo a las conferencias vicentinas fue parte, con los medios de la época de que hubiera un laicado trabajador en el ámbito de la ayuda, de la formación de los más pobres, de la procura de trabajo.

Mas, para lograr un laicado bien formado, apoyó y creo el Club Católico, de manera de que hubiera fieles que pudieran unir la fe con el saber humano y la cultura.

Cuando el dominio del laicismo liberal y masónico en las instituciones públicas se fue haciendo manifiesto, en su *Carta Pastoral de Mons. Jacinto Vera del 1º de julio de 1880* destacó la misión de los laicos en la sociedad, en la que destacó la oración, la prensa como medio público de hacer presente la verdad del evangelio y la enseñanza católica³⁴.

En los hechos, para su servicio a la Iglesia, supo Don Jacinto rodearse y apoyarse en laicos, de fe acendrada, capaces en su profesión, colaboradores fieles, que a su vez lo apreciaban y admiraban. No fue superfluo que quien recibiera su cuerpo muerto en la Catedral de Montevideo fuera el Dr. Juan Zorrilla de San Martín, con sus elocuentes palabras:

33 *Ceremonia tocante; El Ferrocarril en El Bien Público*, 12 de mayo de 1881; DCS, *Positio...*, vol. III, 1389.

34 Cf. DCS, *Positio...*, vol. III, 1307-1310.

¡Padre! ¡Maestro! ¡Amigo! ¡Providencia!... Nació predestinado a hacer la felicidad del pueblo uruguayo y ha cumplido la voluntad de Dios.

Fue la fuente de la verdad, el consuelo del afligido; fue el árbitro de la paz; fue el ejemplo de la virtud.

Él pobló de consuelo infinito la soledad del lecho de muerte de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestros amigos: su sonrisa afable y serena ahuyentaba los rencores: él conciliaba a las familias y desarmaba a los enemigos con la misma suave ternura que usaba para bendecir a los niños: su presencia consolaba, su voz alentaba, y su plegaria redimía.

La historia de ese muerto adorado, es la historia íntima, amarga y desconocida del espíritu de su pueblo.

Él ha llevado en su alma, el alma de nuestro dolor al foco de las eternas redenciones.

Él es nuestra vida, alentando en el espíritu de la eternidad³⁵.

8. La creación de la Iglesia local, la Diócesis de Montevideo

La Iglesia Católica, siendo una y universal, existe en cada Iglesia local o Diócesis. Ésta no es una sucursal, sino en cada Diócesis, con su obispo, presbiterio y pueblo de Dios, está y es la única Iglesia Católica, por cierto en comunión con todas las Iglesia y, en particular, con la Iglesia Romana³⁶.

Como la Iglesia es un pueblo público, orgánico, requiere sus formas jurídicas, canónicas, y también de derecho ante los Estados. De aquí, pues, que de todo punto de vista, superar la forma precaria de Vicariato Apostólico y ser una Iglesia, una Diócesis, era la meta deseada desde tiempo, vislumbrada a comienzos del siglo XIX, buscada, aunque sin los medios, desde la creación de la República.

Estando todos de acuerdo en la meta, había, simplificando, dos caminos. Uno, el más lógico, el que presuponía todas las condiciones para la creación de la Diócesis (seminario, rentas, cabildo), y luego el acuerdo con el Estado. Este es el que seguía el Nuncio y Roma, y al que continuamente los gobiernos hacían promesas, incumplidas principalmente por carencias económicas, pero también por opositores que no querían una Iglesia diocesana.

35 *Palabras pronunciadas por el Doctor Don Juan Zorrilla de San Martín en el atrio de la Catedral al llegar allí el cadáver del Ilustrísimo Señor Obispo de Montevideo*, el 8 de mayo de 1881; DCS, *Positio...*, vol. III, 1379.

36 Cf. Alberto Sanguinetti Montero, «La Iglesia en su lugar», *Soleriana* 20 (2003): 197-242.

El otro camino, más realista, propugnaba crear la Diócesis, aun con carencias y luego se iría completando por su propio crecimiento y exigencias. Por aquí iba Don Jacinto.

Él no cejó en ir dándole forma a la Iglesia local. Mejoró la curia y sus tribunales. Formó clero. Mostró un gobierno eclesiástico decidido. Y fue él quien hizo posible la erección de la Diócesis, aun con carencias varias.

Hay que considerar también que su prestigio, su fama de santidad, de organizador, de libertad ante el Estado, aun en la persecución, hizo también que su figura ya representara una Iglesia local y facilitó la posibilidad de la Diócesis. En la realidad, la oposición a él y la persecución, incluido el exilio, lo hizo conocido y valorado en Roma.

De hecho, si bien se pensó antes con Larrañaga y con Lamas, sólo a él se le consagró obispo en 1865. Esto aconteció por pedido del gobierno de Atanasio Aguirre, pero también fue posible porque Jacinto era apreciado y valorado en Roma, por el Santo Padre y muchos de sus colaboradores.

Siendo obispo, viajó a Roma en 1867, para el centenario de San Pedro, con lo cual fue personalmente conocido, tratado y apreciado, tanto por el Papa, como por los obispos que allí concurrieron.

Posteriormente participó en el Concilio Vaticano I, con lo que fue aún más reconocida su figura por muchos miembros del episcopado.

Todo esto, junto con el fruto de su reforma, el nuevo clero que iba ordenando, el fortalecimiento de la Iglesia, creó un ambiente muy favorable, de tal forma que, cuando por la misión enviada por el gobierno, en la persona de Inocencio María de Yéregui, se presentó el pedido de la erección de la Diócesis todo fue fácil y expedito.

Para ver el peso de la personalidad de Mons. Vera en Roma, téngase en cuenta que Yéregui acompañó a Vera en los dos viajes a Roma en 1867 y 1869-1870, de manera que era muy conocido. A su vez, quien debía tratar el asunto, el Cardenal Alejandro Franchi, Secretario de Estado de León XIII, había sido el secretario de la Congregación de Asuntos Extraordinarios, que recibió al P. José Letamendi en 1864 cuando llevaba el pedido del Presidente Aguirre, para el nombramiento de Vera como obispo titular. Franchi entonces oyó los testimonios de Letamendi y lo llevó enseguida a Pío IX para que oyera todo de viva voz. Franchi conocía personalmente a Vera, así como el Cardenal Simeoni, que era Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide, muy cercano a nuestro Obispo.

Sin duda todo esto, junto con la figura de Don Jacinto, hizo posible, la creación de la Diócesis de Montevideo³⁷.

La Diócesis fue creada, el ejecutor de las bulas fue Mons. Jacinto Vera y su primer obispo. Él mismo se encargó de todo lo necesario. Ello llevó también al último empujón para erigir el Seminario diocesano, bajo la dirección de los PP. Jesuitas, como él lo deseaba.

9. La libertad de la Iglesia

La Iglesia como pueblo público y orgánico tiene el derecho a determinar por sí misma su misión, a tener su propia organización. Es, sin lugar a dudas, una institución singular, porque es universal, está en todas las naciones. Respeta e invita a respetar el derecho de cada país. A su vez, no acepta ser simplemente una religión “nacional”, en el sentido de una repartición religiosa del Estado.

Por último su pretensión es que su origen está en Jesucristo, no en los hombres, y por ello es distinta a una asociación civil.

En concreto en la situación en que Don Jacinto asume el gobierno de la Iglesia oriental, la libertad de la Iglesia y, por ende, su independencia del poder público, se concretaban en dos grandes aspectos.

El primero el estrictamente jurídico como Iglesia: la constitución y las autoridades pretendían un derecho de Patronato como parte de la soberanía nacional, en una lectura regalista de la situación de la Iglesia en el país. La Iglesia, desde el Papa y todos los clérigos, lo negaba, porque la Iglesia tiene su propio origen de constitución y derecho. Esta *libertas Ecclesiae* se concreta en la elección libre de los obispos y otras autoridades. Si se da alguna intervención al gobierno es por concesión de la misma Iglesia.

El segundo aspecto es la libertad de gobierno del obispo o Vicario Apostólico. Él puede libremente nombrar y deponer o cambiar de sitio a los clérigos. Sin ello, no hay modo de regir la Iglesia.

En la situación concreta, los gobernantes, que no cumplían con los deberes de protección de la Iglesia, apoyándose en el supuesto Patronato y también por costumbres arraigadas, intervenían en asuntos eclesiásticos.

37 Ver las cartas en que presenta la misión de Yéregui, afirmando que ambos lo conocen. *Carta de Jacinto Vera al Cardenal Franchi del 30 de abril de 1878* y *Carta de Jacinto Vera al Cardenal Simeoni sf* (próxima al 30 de abril de 1878); DCS, *Positio...*, vol. III, p.1266-1267.

Pretendía el gobierno tener intervención en nombramiento y deposición de clérigos. Esto hacía imposible a la autoridad eclesiástica el ejercicio de su autoridad. En los hechos, cuando había que remover a un sacerdote o llamarlo a disciplina, éste recurría al poder civil, a la justicia, que detenía la ejecución del mandato de la jerarquía de la Iglesia. Precisamente los que no querían ser reformados, en los hechos atacaban la libertad de la Iglesia. Lo cual, además, era usado por los enemigos de la Iglesia, como fue en el caso de la masonería.

Por eso, para la reforma de la Iglesia se requería recuperar la legítima libertad de la Iglesia de las intromisiones políticas de turno.

Vera, como todos los sacerdotes que querían la reforma de la Iglesia, fue quien de forma delicada, firme y con sabiduría condujo a la Iglesia del Uruguay a su libertad y así llevó a cabo la reforma del clero.

Pongamos algunos ejemplos.

Cuando el primer conflicto, con la misión franciscana, se le requirió a Vera que entregara una carta del Nuncio, para juzgar si éste había ejercido jurisdicción en el Uruguay, sin consentimiento del gobierno. Vera, aun contra la opinión de personas tan preparadas y favorables a la Iglesia como el Dr. Joaquín Requena, se negó a entregar la carta, para no reconocer el pretendido derecho de intervención del Tribunal³⁸. Al margen del propio asunto de los frailes de vida desordenada, que por la reforma emprendida debían ser sustituidos por otros, estaba el asunto de la libertad de la Iglesia de la intromisión del Estado.

La misma posición sostendrá ante la pretensión del Presidente Berro de que no pudiera deponer al P. Brid de cura interino de la Matriz, sin su consentimiento. Buscó el Vicario todas las formas de entendimiento y respeto por la autoridad civil, aún en aquello en que ésta no tenía derecho. Esperó pacientemente las respuestas que no llegaban. Expresó en forma privada las razones que no podía

38 Cf. DCS, *Positio...*, vol. II, 326-327. Ver allí, la *Carta de Joaquín Requena a Jacinto Vera del 8 de mayo de 1860*; que dice que indica que se entregue la nota del Nuncio al Tribunal, «como me parece ya indispensable y conveniente». *Carta de Jacinto Vera a Joaquín Requena del 12 de mayo de 1860*; «Disentimos en cuanto a la exigencia del Tribunal en pedir la nota del Sr. Delegado Apostólico. Lo que yo me he propuesto probar al Tribunal es que no hay destierro; y esto está suficientemente probado con las copias de las notas cambiadas entre los Religiosos y el Vicariato. Acceder a lo demás sería lo mismo que autorizar la invasión a que se arrojó el Tribunal y ceder la entrada al terreno espiritual en cuya enejida me he de estrellar con todo el cuerpo con los invasores, sean cuales fueren las consecuencias. Si el Sr. Delegado ha invadido, como dicen, mi jurisdicción, no es el Tribunal el Juez competente en esa materia ni debo en este sentido darle ninguna especie de satisfacción, ni conocimiento».

dar en público. Pero no cejó en mantener el derecho de la Iglesia a dirigir a sus sacerdotes y no entregar el gobierno de ésta a la voluntad de los políticos de turno.

Así lo explicaba a Berro antes de dimitir a Brid:

[...] perdone que le diga que es muy triste para un hombre desempeñar una Prelacia en donde se llevan los derechos del Patronato más allá de lo que designa la ley. Los interinatos, sabe V. E., no están sujetos a ese derecho. Con todo, el Prelado a todo se ha resignado; empero no se resignará hasta el punto de comprometer su autoridad, no permitirá que ella sea nominal respecto a un súbdito cualquiera que sea su predicamento y apoyo que lo sostenga. Desde que un deber de conciencia obliga a un procedimiento, el Vicario procederá. No se detendrá en presencia de cualquier consecuencia que emane de su proceder³⁹.

Don Jacinto fue coherente en seguir en sus relaciones, sea con los Superiores eclesiásticos y sus colegas, sea con las autoridades públicas, el reconocimiento de la verdad y del derecho legítimo, como forma de respeto y libertad en las acciones.

Particularmente reclamó e hizo valer la *libertas Ecclesiae*, como derecho legítimo y necesario para cumplir su misión, según la voluntad del Fundador. El camino de renovación y reforma, exigía el ejercicio, prudente y firme, de la autoridad del prelado, como él mismo lo explicó:

Negar al Prelado la facultad de poner término a la comisión interina de los curas, siempre que a su juicio y en su conciencia sea eso indispensable o conveniente al decoro del Clero, al mayor respeto de la Iglesia y al bien espiritual de los fieles, será una novedad gravísima, una restricción a las facultades del Prelado, que debía tornarlas ineficaces obstando al ejercicio de su ministerio, impidiéndole en algún caso servir a los intereses espirituales, como está obligado en conciencia, y ante Dios y la Iglesia a servirlos⁴⁰.

Esta postura, no la mantuvo como un leguleyo, sino como hombre libre. Actuó siempre con conciencia informada, estudió y se asesoró. Y en todo momento fue fiel a su conciencia. Por eso, su reforma no fue para imponer nada de sí, sino

39 Carta de Jacinto Vera a Bernardo Berro del 21 de agosto de 1861; DCS, *Positio*, vol.II, 464.

40 Carta de Jacinto Vera a Enrique de Arrascaeta del 12 de septiembre de 1861; DCS, *Positio*, vol. II, 464.

un cumplimiento de sus deberes⁴¹ y una libertad fundada en la conciencia, abierta ante la voluntad de Dios.

Su respuesta al atropello del gobierno, con humildad, firmeza y libertad, resume la estatura de Mons. Jacinto Vera y por qué fue capaz, con la gracia de Dios, de reformar a la Iglesia en el Uruguay:

El poder civil ha creído no deber conformarse con esa decisiva y terminante resolución nuestra, sin tener en este caso presente esta fórmula eminentemente cristiana, que Nos hemos tenido y tendremos constantemente impresa en nuestra mente y en nuestro corazón; a saber, que no hay derecho contra el deber; y por consiguiente que si bien es verdad que Nos podemos ceder de nuestro derecho, también es verdad que Nos no podemos ceder de nuestro deber. El Gobierno de la República debe estar, sin duda, en la persuasión, para hallarse disconforme con esa resolución nuestra, de que Nos podemos y debemos sacrificarlo todo: los sagrados derechos de la Iglesia; la dignidad del Prelado de la nuestra, hartamente insultada, ajada, despreciada, hasta lo sumo por un súbdito rebelde; los deberes de nuestra conciencia, y aún nuestra propia alma; sin para ello tener en cuenta de que Nos, que tan repetidos ejemplos hemos dado de renunciación de todos los bienes terrenos, no hemos dado hasta ahora un solo ejemplo de querer sacrificar nuestra conciencia por ningún respeto humano, prefiriendo perderlo todo a la pérdida de nuestra alma; porque nuestra alma es la eternidad; y la eternidad es no sólo Dios, sino el hombre y Dios a un tiempo mismo, en expresión de un ilustre orador evangélico⁴².

41 *Carta de Jacinto Vera a Enrique de Arrascaeta del 2 de octubre de 1861*; DCS, *Positio...*, vol. II, 497: «No puede, Señor Ministro, el infrascrito, dar cumplimiento a esa resolución, porque, hacerlo, sería faltar a sus deberes con menoscabo de la autoridad que inviste, como Jefe de la Iglesia Oriental. Si el Gobierno se cree de legítimo derecho para ordenar al infrascrito lo que no puede cumplir, el Vicario Apostólico, como lo tiene manifestado al Exmo. Gobierno, no puede sacrificar esos deberes y esa conciencia a ninguna consideración». *Carta de Jacinto Vera a Enrique de Arrascaeta del 5 de octubre de 1861*; *Positio...*, vol. II, 500: «Resignado el infrascrito de antemano, a soportar las consecuencias, que el cumplimiento estricto de su deber pudiera acarrearle, como ya lo manifestó a V. E., y satisfecho, en su conciencia, de sus proceder, esperará la resolución del Sumo Pontífice».

42 *Carta Pastoral de Jacinto Vera del 8 de octubre de 1862*; DCS, *Positio...*, vol. II, 621.

10. El testimonio de la obra de Don Jacinto

Innumerables fueron los testimonios dados por seguidores y enemigos de la santidad, probidad y obra del admirable hombre, cristiano, sacerdote y obispo.

Terminamos simplemente con la evocación de uno de sus allegados discípulos.

“Es un excelente sacerdote”, dijeron entonces, sin presentir que más tarde, todo un pueblo congregado alrededor de su tumba había de sustituir esa exclamación por esta otra, que era juicio de la posteridad: “Fue un gran hombre”.

Así comenzó la vida episcopal de Monseñor Vera, nuestro amado e inolvidable Maestro.

No entra en mi propósito actual relatar por entero su existencia, ni las persecuciones de que fue víctima, ni la asiduidad con que cumplió su santo ministerio, ni el patriotismo con que siempre ocurrió a trabajar por la paz pública, ni el ejemplo fortificante de su muerte austera, con la Cruz del Señor en la mano, predicando la palabra divina.

Sólo deseo recordar que cuando empuñó el cayado de los pastores de almas, no teníamos Clero Nacional, ni casi asociaciones católicas, ni prensa, ni seminarios; y que a su muerte teníamos todo eso; y lo que es más, teníamos un digno sucesor suyo, formado bajo la disciplina de su enseñanza evangélica, y destinado por el cielo, si no a hacernos olvidar, porque es imposible, a consolarnos, cuando menos, de aquella pérdida.

Debemos, pues, al Santo Obispo, cuya memoria nos es tan querida, los beneficios que gozamos actualmente⁴³.

Bibliografía

Dicasterium de Causis Sanctorum. *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis Hyacinthi Vera*. Montevideo: 2012.

Sanguinetti Montero, Alberto. «La Iglesia en su lugar», *Soleriana* 20 (2003): 197-242.

43 *Discurso de Francisco Bauzá del 4 de agosto de 1884*; DCS, *Positio...*, vol.III, 1458.